

CONFLICTOS HISPANO-LUSITANOS EN SUR AMERICA (EPOCA COLONIAL)

Por: FRANCISCO ANDRADE
*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen IX
1951*

AL LECTOR:

E

l autor de este trabajo tuvo el alto honor de ser designado por el Gobierno de Colombia para desempeñar el puesto de Jefe de la Comisión Colombiana de Límites con el Brasil en el período comprendido del año de 1933 al año de 1937.

La labor realizada por la citada Comisión tuvo por objeto dar cumplimiento a los Tratados Vázquez Cobo-Martín, firmado el año de 1907, y el Ortiz-Mangabiera, firmado el año de 1928, es decir, a localizar sobre el terreno las líneas de demarcación de las soberanías de los dos países que fueron estipuladas en tales Tratados.

Para tener un conocimiento lo más completo posible de la negociación en cuya culminación iba a tener ocasión de intervenir, dedicó el mayor tiempo de que pudo disponer para estudiar en las bibliotecas y en los archivos que estuvieron a su alcance los orígenes y desarrollo de esta trascendental negociación.

Una vez terminadas las labores de demarcación con pleno éxito, pues se llegó a un completo acuerdo para la fijación de las marcas de las soberanías de los dos países, tuvo ocasión de revisar los numerosos datos acopiados, y creyendo que el conocimiento de tales datos pudiera tener interés y aun utilidad para sus compatriotas, resolvió hacer un esfuerzo y coordinarlos en forma de estudio histórico. Este el origen del presente trabajo.

No pretendo haber agotado la materia ni haber dicho la última palabra, pues como es notorio, los

elementos de que dispone quien quiera hacer una investigación de esta naturaleza, o mejor dicho, las fuentes a donde debe documentarse se hallan muy frecuentemente alteradas por efecto de los sentimientos patrióticos o políticos, y es tarea casi impracticable tratar de sacar de esta ganga, fuertemente amalgamada por las pasiones humanas, el oro puro de la verdad histórica. A listo debe agregarse que a pesar del esfuerzo que haga el investigador para aislarse completamente de estos sentimientos y pasiones, puede suceder que el subconsciente se imponga y le haga desviar el criterio analítico, lo que naturalmente está fuera del control de sus facultades. Si así le hubiere sucedido, el autor se anticipa a pedir benevolencia a sus lectores.

CAPITULO I

Introducción. — Dinastía portuguesa de Avis. Juan I. El Infante don Enrique y el desarrollo naval. Descubrimientos portugueses en África. Cristóbal Colón. Su regreso. Bula de Alejandro VI. Primera lucha diplomática para definir los límites. Tratado de Tordesillas.

La lucha muchas veces secular sostenida por las Monarquías Española y Portuguesa al rededor de sus derechos en el Nuevo Mundo, daría materia para llenar innúmeros volúmenes con el relato de todos sus incidentes, los que constituyen en gran parte la historia del mundo en la Edad Moderna. El desarrollo naval y el ímpetu colonizador que caracterizaban a Portugal en la última mitad del siglo XV, cuyas expediciones rodaban hacia el Sur por la costa occidental del África, daban lugar a constantes fricciones con el poderío, entonces en desarrollo, de la Monarquía Española. Quien conozca los detalles de esta lucha y vea en el mapa la pequeña extensión de Portugal en relación con el resto de la Península Ibérica, no se explica cómo logró sustraerse a los esfuerzos que hacía el Trono español para incluirlo dentro del bloque geográfico de la unidad ibérica, pero quien estudie el asunto más a fondo ve que Portugal era un punto de apoyo de la poderosa Albión, para mantener en constante zozobra a España, y que debido al heroísmo ibérico, propio de los dos pueblos, y al apoyo inglés, logró conservar su independencia. Tales servicios, Inglaterra se los hizo pagar largamente, pues gran parte del Imperio Británico está formado por las antiguas colonias conquistadas por los lusitanos.¹

A la muerte de don Fernando I de Portugal, la sucesión se presentó complicada, pues aspiraban al

¹ De infinitos territorios, que a nosso poderío avasallamos, restamos apenas no Oriente, quanto de terra ero sobejo para cravar, omo heroica tradicao, a bandeira nacional". (Elogio de JOSE BONIFACIO, por Latino Cólho. página 43).

trono dos hermanos de éste, hijos ilegítimos de don Pedro I, padre de don Fernando. También aspiraba al trono don Juan de Castilla como marido de doña Beatriz, hija de don Fernando, quien por este camino pretendía unir en una sola cabeza las Coronas de España y Portugal.

Pero surgió don Juan Maestre de Aviz, valeroso militar que estaba a la cabeza de las fuerzas que sostenían la independencia de Portugal contra los ejército de Juan de Castilla, quien fue proclamado por el pueblo y por gran parte de la nobleza como defensor del Reino, y en abril de 1385 como Rey de Portugal con el nombre de Juan I, siendo el fundador de la dinastía de Aviz. Fue un gran monarca. Revivió los tratados de alianza con los ingleses. Apoyó la invasión del Duque de Láncaster a Castilla, suministrándole una escuadra para su transporte y un ejército de 20.000 hombres. De esta aventura solamente obtuvo un tratado con el Duque que le aseguró su alianza y el matrimonio con la segunda hija del mismo Duque, la que dio a don Juan una lucidísima prole, que fue la iniciadora del engrandecimiento de Portugal. Uno de estos infantes era don Enrique, el cual se dedicó al desarrollo de la navegación. Fundó una escuela de navegantes en Sagres, en la cual se formó la falange de atrevidos pilotos que recorrieron toda la costa occidental de África, los que conquistaron a Ceuta y Tánger, visitaron las islas de madera y Cabo Verde y doblaron el Cabo Bojador y el de Buena Esperanza, que llamaron de las Tormentas. Entre ellos figuraban Gonzalo Bello; Antonio de Nolla, el Genovés; Bartolomé Díaz y Vasco de Gama. Los Papas Martín V, Nicolás V, Calixto II y Sixto IV, por diversas bulas confirmaron la posesión de la Corona Portuguesa sobre todas estas tierras. La bula de Martín V decía que declaraba a la Corona Portuguesa como dueña de todas las tierras desde el Cabo Bojador hasta las Indias

Después de don Juan I vino al trono un hijo de éste, llamado don Duarte. A éste siguió la Regencia de don Pedro, hermano de don Duarte, mientras la menor edad de Alfonso V. A Alfonso V sucedió su hijo Juan II. Tanto a Alfonso V como a Juan II les propuso Colón la empresa del descubrimiento de América, pero ni uno ni otro atendieron las propuestas del navegante genovés. Entonces, como es ampliamente sabido, Colón apeló a los Reyes Católicos son Fernando y doña Isabel.

Colón, después de haber verificado el descubrimiento, en el Viaje de regreso a Europa, fue batido por un fuerte temporal que lo obligó a refugiarse en las costas de Portugal, y arribó a Lisboa el 6 de marzo de 1493. Juan II le concedió una audiencia, y dicen los cronistas que Colón estuvo tan pedante y habló tan duramente al Rey por haber atendido las insinuaciones del Obispo de Ceuta de enviar un bajel en la dirección indicada por Colón, que varios hidalgos que acompañaban al Rey le solicitaron permiso para matarlo a lo cual se opuso don Juan, pero protestó diciendo que las tierras descubiertas

pertenecían a Portugal. Colón siguió para Castilla a dar cuenta a los Reyes Católicos de su descubrimiento.

En el momento del descubrimiento de América las relaciones entre España y Portugal se regulaban por el Tratado de Toledo, con el cual se puso fin a las pretensiones de Alfonso V al trono castellano, al que aspiraba como esposo de doña Juana la Beltraneja, trono ocupado por Isabel la Católica, como heredera de su hermano Enrique IV, Rey de Castilla. Además en este Tratado se transigieron los litigios ocasionados por el comercio con la Guinea y se distribuyeron las islas recientemente descubiertas, conservando España las islas Canarias, que tan preponderante papel desempeñaron en la conquista y colonización de América, y dejando a Portugal las Azores, Madeira y Cabo Verde, y toda la extensión más allá de las Canarias para el lado de Guinea. El Papa Sixto IV aprobó este Tratado por medio de la bula **Eterni Regis**, promulgada en 1481.

Este Tratado es el primero en que se fija la posición de las dos monarquías y se inicia la lucha multiseccular que solamente había de terminarse en nuestros días.

Para entender bien sus estipulaciones es bueno tener presente cuál era el concepto geográfico en el momento de su celebración. Según la cosmografía de Tolomeo, el cómputo de las longitudes se iniciaba en el meridiano de las islas Afortunadas (Canarias), y de ahí hacia el Poniente se consideraba el mundo como no existente. La demarcación daba como límite el paralelo del Cabo Bojador; por lo tanto tal demarcación formaba un ángulo recto cuyos lados eran: el tal paralelo y el meridiano de las Afortunadas, que estaba de acuerdo con las aspiraciones de Juan II, quien deseaba manos libres en la circunnavegación del África y poder extender sus exploraciones hacia el Levante en busca de la Especiería.

Cuando los Reyes Católicos se resolvieron, a patrocinar la empresa de Colón, consultaron con letrados y principalmente con Rodrigo Maldonado, gestor del Tratado de Toledo y que había de ser asesor en el próximo de Tordesillas, antes de declararse señores del Mar Océano, es decir del meridiano de las Afortunadas hacia el Poniente, como lo hicieron en las capitulaciones con Colón.

Los Reyes Católicos solicitaron del entonces Papa Alejandro VI confirmara a la Monarquía Española en sus nuevas posiciones, y al efecto el Papa expidió la bula Intercarretera de 2 de mayo de 1493, declarando que daba, concedía y asignaba perpetuamente a los Reyes de Castilla y de León todas las tierras firmes halladas y que se hallasen, descubiertas o que se descubriesen hacia el occidente y

Medio Día, fabricando y componiendo una línea del Polo Ártico que es el del Septentrión al Polo Antártico que es el del Medio Día, ora se hayan hallado islas y tierras firmes, ora se hayan de hallar hacia la India o hacia cualquier parte, la cual línea diste de cada una de las islas que vulgarmente dicen de las Azores y Cabo Verde, cien leguas hacia el occidente y Medio Día”.

Esta bula fue confirmada por la **Dundum Siquidem** de 27 de septiembre del mismo año.

Al ser conocidas por los portugueses estas bulas, se consideraron lesionados, e inmediatamente dieron principio a los preparativos necesarios para equipar una escuadra lo suficientemente poderosa, como para poder apoderarse de las tierras descubiertas por Colón, la que debía ser comandada por Francisco de Almeida. Los Reyes Católicos enviaron a Lisboa a don Lope de Herrera, primero para dar las gracias por la acogida dispensada a Colón, y segundo para solicitar que en la misma forma que estaba prohibido a los españoles llegar a las colonias portuguesas de África, también debía ordenarse a los portugueses que no llegaran a las españolas. Llevaba además don Lope un pliego reservado, conminatorio, para caso que don Juan II no aceptara lo propuesto.

En el camino, Herrera se cruzó con Rui de Piña y Pero Díaz, enviados de Juan II ante los Reyes Católicos, con una comunicación de respuesta al pliego reservado, el cual había llegado a conocimiento del Rey de Portugal, por haber sido cohechados miembros del Consejo de Fernando. Con estos comisionados se iniciaron inmediatamente conversaciones, pero muy pronto se pudo ver que los delegados portugueses no tenían suficientes instrucciones, y las conversaciones se suspendieron el 15 de septiembre de 1493.

Surgido nuevamente el conflicto por pretender los españoles pescar al sur del Cabo Bojador, para solucionar el problema, los Monarcas españoles nombraron como su embajador ante el Rey de Portugal a don García de Carvajal y a don Pedro de Ayala, quienes partieron de Barcelona el día 2 de noviembre de 1493, precediéndolos como heraldo don García de Herrera. Esta embajada consiguió de don Juan II que nombrara plenipotenciarios, que lo fueron don Ruy de Sousa y su hijo don Juan y Aires de Alniada, actuando como Secretario Esteban Vaz. Los poderes rezaban así: “que la mar en que estas dichas islas y fueren halladas, se parta y marque entre nosotros en alguna buena, cierta y limitada manera”.

Los Reyes castellanos designaron como sus representantes a don Henrique Henríquez, Gutier de Cárdenas y al doctor Rodrigo Maldonado quien como ya se dijo había actuado en el Tratado de 1480.

Después de una agria discusión se firmó el Tratado de Tordesillas el día 7 de junio de 1494. En este Tratado consiguieron los portugueses que la línea de la bula de Alejandro VI se desalojara en 270 leguas más al Oeste, con lo cual lograron, antes de poner el pie en las playas americanas, ponerles legalmente la mano, iniciando así la serie no interrumpida de éxitos de la habilidad portuguesa contra el quijotismo español. El Rey de España nombró demarcadores, y el 7 de mayo de 1495 les impartió instrucciones. Fueron vanos los esfuerzos de los españoles para conseguir la demarcación de acuerdo con las cláusulas del Tratado, pues los portugueses no concurrían, o si concurrían lo hacían únicamente con el objeto de imposibilitar la realización de cualquier labor en este sentido.

La larga visión de los Soberanos portugueses, según lo afirman algunos escritores de la misma nacionalidad, y aun algunos extranjeros, no se debió a una simple casualidad o a buena suerte, Sino a que las exploraciones realizadas bajo la dirección del Príncipe Enrique llegaron hasta a descubrir la América. Esta hipótesis la fundan en dos consideraciones: 1ª Que los viajes a través del océano eran más fáciles que a lo largo de las costas de África, debido principalmente a los vientos alisios y a la corriente ecuatorial, y 2ª Que estos descubrimientos no fueron conocidos a causa de la reserva absoluta en que se tuvieron, pero que posiblemente estaban relacionados en las crónicas de Surara, de Fernán López y de Cerveira, desaparecida una totalmente y las otras en parte. Esta reserva era tan severa que Juan II había ordenado que los tripulantes de toda embarcación que fuera encontrada dentro de los límites de lo adjudicado a Portugal, debían ser arrojados al agua para que nadie conociese las exploraciones portuguesas. Procedimientos semejantes eran lo común y corriente en esa época. Juan de Lery, en la historia de su viaje al Brasil, cuando vino en compañía de Nicolás Villagenón a fundarla Francia Antártica en la bahía de Río de Janeiro, cuenta que de nave que llegaban a atrapar, no arrojaban la tripulación al agua, sino que desmantelaban la embarcación, quemándoles las velas y quitándoles los víveres, que era algo peor.

Por nuestra parte, creemos que si los portugueses hubieran descubierto la América antes de Colón, no siendo la modestia su virtud característica, no hubieran dejado cobrar a Colón tan grande triunfo.

CAPITULO II

Llegan los portugueses al Brasil.—Demarcación hecha por Carlos V. Descubrimiento de las Malucas.—Discusión sobre su propiedad.—Arreglo de Zaragoza.—Colonización portuguesa del Brasil.

Don Manuel I, sucesor de don Juan II, queriendo vengar las ofensas hechas por Lamori Rajah (Rey de

la Costa) llamado por los portugueses Samorin, y cuya residencia principal era Calcuta, ofensas hechas en la persona de Vasco de Gama, cuando llegó a aquel lugar después de dar la vuelta por el cabo de Buena Esperanza, equipó una escuadra de trece navíos, la que puso á órdenes de Pedro Álvarez Cabral y que salió de Portugal el 9 de marzo de 1500. No bien hubieron dejado las costas cuando se inició un fuerte temporal con un viento marcadamente hacia el Oeste. El 22 de abril la embarcación que iba al mando de Luis Pires naufragó a la altura de las islas de Cabo Verde. El 24 de abril tuvieron a la vista las costas del Brasil. Álvarez Cabral tomó posesión de esas tierras en nombre de su Rey. Envió inmediatamente mensajeros a Portugal a dar cuenta del descubrimiento a don Manuel, y el 2 de mayo levó anclas para seguir su derrotero a Calcuta, dejando únicamente en las costas del Brasil una cruz con las armas de su Rey. Esta afortunada casualidad hizo llegar a los portugueses a las costas de Sur América seis años después de haber adquirido por el Tratado de Tordesillas títulos legales sobre ellas.

El meridiano de Tordesillas pasaba más o menos por la boca del río Amazonas, e iba a salir de Sur América por cerca de Río Grande del Sur, dejando para Portugal lo que pudiéramos llamar la oreja de este Continente. El Emperador Carlos V ordenó una demarcación e hizo colocar un hito de mármol en la boca del río Vicente Pinzón. Berredo dice que este río era el llamado por los franceses Oyapoc, y que en el año de 1723 Juan Páez de Amaral encontró ese hito en la boca de tal río. Si el hito hubiera sido construido en el río Oyapoc, como afirma Berredo, los portugueses lo hubieran conservado como oro en paño, pues este punto fue su máxima aspiración. Como lo diremos más adelante, el primer descubridor que visitó la boca del Amazonas fue Vicente Yáñez Pinzón. Por lo tanto, si dejó su nombre a algún río debió ser al que en su rápida correría por la costa tuvo que verdaderamente llamar su atención, haciéndole pensar que por allí había un mar de agua dulce, y no a un pequeño río casi sin importancia, al que en su viaje costanero, que no le daba margen a un estudio detenido, le era imposible identificar. En tiempo de Carlos V, ya los españoles sabían, como se puede comprobar con muchos mapas, que el meridiano de Tordesillas pasaba al oriente de la boca del río Amazonas. Este es otro argumento que hace pensar como imposible que tal Emperador hubiera ido al Oyapoc a poner su hito. Sin embargo, en 1890 el Brasil consiguió un gran triunfo derrotando esta tesis en su pleito con Francia.

El 6 de septiembre de 1522, largaba anclas en la ría de San lúcar de Barrameda la nao **Victoria**, después de realizar la primera vuelta al mundo en tres años, y descubierto el camino que por Poniente había de llevar a las islas de la Especiería. Unas de éstas eran las islas Malucas, que se consideraban como su principal origen. Inmediatamente surgió el problema de si tales islas que daban dentro del marco español o del portugués. El 31 de enero de 1523, Carlos V dio poder al doctor Cabrero y a don

Cristóbal Barroso para que se entendieran con el Soberano portugués para resolver el asunto del Maluco, y trataran también del matrimonio de la Infanta de España con Juan III, quien nombró a Antonio de Acevedo como su representante, y después de mucho discutir con los españoles y aun con el mismo Emperador, regresó a su patria sin haber llegado a ninguna conclusión.

El 13 de enero de 1524 el Soberano portugués nombró nuevos comisionados, que fueron don Pedro Correa de Atubia y don Juan de Faría. Carlos V nombró a su Gran Canciller Mercurino del Arborio Gattinara, Hernando de Vega, García de Padilla y doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, y el 19 de febrero firmaron un convenio fijando cómo debían desarrollarse los trabajos, y estuvieron reunidos nuevamente el 11 de abril en el puente de la ribera del Caya, junto con un grupo considerable de asesores, entre quienes figuraban Hernando Colón, fray Tomás Durán, el doctor Zalaya, Pedro Ruiz de Villegas, Juan Sebastián del Cano. Además concurrieron los pilotos Sebastián Gaboto, Juan Vespucio y Diego de Ribero, quienes debían dilucidar las cuestiones técnicas que se suscitaban en el debate. Según el acuerdo preliminar, los asuntos debían resolverse durante el mes de mayo. Las reuniones se verificaban unas veces en Yelves y otras en Badajoz, pues era imposible en el angosto puente del Caya que quedaba en la frontera. El 23 de abril empezó a tratarse el asunto a fondo, pero no se consiguió acuerdo, pues los españoles querían que se tomara como origen de la demarcación la isla de San Antonio, que es la más occidental del grupo, y los portugueses que se tomara la de la Sal, que es la más oriental.

Llegado el 30 de mayo sin haber conseguido ninguna solución, se suspendieron las conversaciones por haberse terminado el plazo, pero conviniendo en que no se había agotado la materia, y por lo tanto debía prorrogarse, lo que no se verificó.

Al fracasar estas negociaciones, Carlos V repitió a las Cortes sus promesas, ya hechas en 1523, de que despacharía flotas hacia la Especiería y que nada pactaría con Portugal que afectara los derechos de Castilla a las Malucas, y al efecto puso mano activa a la preparación de la flota que seguiría a la de Frey García Jofre de Loiza, que capitaneada por Simón de Alcazaba arrancararía de la Coruña con destino a las tan disputadas islas. Los aprestos de tal armada no fueron fáciles como se creyó al principio, y pasaron los años hasta 1527, en que las necesidades cada vez más apremiantes de dinero hicieron que pensara Carlos V en vender o empeñar las Malucas a Portugal o a Inglaterra. Al enterarse las Cortes españolas de lo que se planeaba, protestaron en 1528, pero llegado el año de 1529 en que la fortuna sonreía por todas partes al Emperador, acercándose ya al zenit de su carrera, y habiendo gastado en sus actividades políticas y guerreras la dote de su esposa, el oro de las Indias y el caudal

de sus banqueros, teniendo ya al alcance de la mano la Corona imperial y el cetro, necesitaba hacer un último esfuerzo para concluir la guerra con Francisco I, y hacer su viaje a Italia, en donde esperaba ser coronado por el Papa. Para arbitrar estos últimos recursos resolvió olvidarse de todas sus promesas, y el 23 de abril de 1529 firmó el convenio de Zaragoza, por medio del cual entraron a las cajas reales 300.000 ducados, y Simón de Alcazaba fue despachado a colonizar a Chile. Al ratificar el mismo día este Tratado en Lérida, manifestaba Carlos V: "...especialmente derogamos, casamos e anulamos cualesquiera peticiones de Procuradores del reino que en las Cortes de Toledo, o en otras cualesquiera que hayamos tenido nos sean fechas sobre que no hagamos concierto el asiento ni otro alguno, con el dicho serenísimo rey nuestro hermano... porque todas e cada una de ellas derogamos, abrogamos, anulamos y casamos, y avernos por ningunas, **de nuestro poderío real absoluto, no reconociendo superior en lo temporal**".

El pacto de Tordesillas fue renovado en 1529. De 1530 en adelante, los portugueses comenzaron a desarrollar la colonización de las costas del Brasil. Establecieron una serie de capitanías tratando de imitar el sistema que en otras partes les había dado buenos resultados, pero fracasaron y se vieron precisados a organizar los gobiernos generales, que tuvieron como centro la ciudad de San Salvador de Bahía.

CAPITULO III

Descubrimiento del río Amazonas.—Vicente Yáñez Pinzón.—Diego de Ordaz.—Aires de Cunha.—Alvarez de Andrade.—Nombres del río Amazonas. — Francisco Pizarro y Orellana.—Pedro de Ursúa.

Veamos cómo se desarrollaron las actividades conquistadoras de españoles y portugueses, en la hoya del río Amazonas, que es la parte que más interesa a nuestro estudio.

La boca de este gran río fue visitada en enero de 1500 por el español Vicente Yáñez Pinzón. Es decir, cuatro meses antes de que "a forca dos ventos venturosamente conduzio ao tan ilustre como Famoso Capitao Mor Pedro Alvarez Cabral na viagem da India Oriental..." (Berredo).

El español Diego de Ordaz fue nombrado Gobernador de esta zona, y en 1531 organizó una expedición compuesta por 600 infantes y 36 caballos, pero al querer forzar la barra de la isla de Marajo naufragó.

Los portugueses organizaron también otra expedición para descubrir y tratar de colonizar sus tierras, pues se decía que eran muy ricas. Esta expedición viajó al mando de Aires de Cunha y Álvarez de

Andrade. Salieron de Portugal en diez barcos veleros con 900 hombres y 130 caballos en el año de 1535. pero corrieron la misma suerte de Ordaz, pues al tratar de forzar la barra naufragaron, pereciendo los Capitanes y gran parte de la tripulación.

Aquellos fracasos son muy explicables, debido principalmente a que el estuario del Amazonas es un verdadero laberinto de **igarapes, iagpoos, furos y paranas** (usando la nomenclatura regional), que hacen su travesía difícil y arriesgada.

Como es lógico, los primeros navegantes que trataron de cruzar este dédalo de canales buscaron la corriente mayor, y como el Amazonas es un río joven o en formación, y su corriente es impetuosa, arrastra limo y arena en grandes cantidades, lo mismo que inmensos árboles que caen a la corriente y son arrastrados por ella, debido al derrumbamiento de los bancos de la ribera atacados por la erosión. Al llegar al estuario, entran las aguas del majestuoso río en lucha con las ensoberbecidas aguas del Atlántico, que allí son agitadas por la corriente ecuatorial, y producen la consiguiente disminución en la velocidad y, consecuentemente decantación de arenas y limos, que forman la barra de la boca principal. Pero la Naturaleza hizo que desde Breves, lugar en donde se inicia la formación del delta, se apartara un brazo a la derecha, pequeño con relación a la magnitud del estuario, pero más que suficiente para la navegación, recibiendo este brazo, sobre el cual fue fundada la ciudad de Belén del Pará, el tributo del río Tocantins. Por este brazo se hace el tráfico fluvial, y es suficiente para dar paso a los trasatlánticos que de Europa y América viajan hacia el Amazonas.

Mucho se ha escrito con relación al origen de los distintos nombres de este gran río. A título de curiosidad vamos a dar algunos de los que encontramos en los cronistas estudiados. Según dice Berredo, el origen del nombre Marañón se debe a que los primeros visitantes del estuario probaban las aguas, y al hallarlas dulces, no sabían si era mar o no. El Padre Manuel Rodríguez dice que se deriva de las marañas urdidas por Aguirre contra Pedro de Ursúa en el año de 1560. Pero Pedro Galvón, citado por la fonética pudiera ser de origen indígena, pero Marañón es un viejo apellido español, y así, el Maestro de la Orden de Santiago que la rigió en 1206 se llamaba Fernando González de Marañón. Yáñez Pinzón lo llamó **Mar dulce**, los indígenas lo llamaban **Parana-guassu**, que quiere decir gran brazo, lo que fue traducido por los portugueses como Gran Pará. El nombre que sus descubridores le pusieron fue **Orellana**, como lo veremos a continuación.

El día de Navidad del año de 1539 salió de Quito Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, con una expedición compuesta de 340 soldados, de los cuales eran 150 de caballería, y una tropa de

4.000 indios. Después de inmensas penalidades y muchos meses de marcha a través de enmarañada selva, siguiendo la corriente de un río, llegaron al punto en donde ya era navegable, y según la versión dada por Berredo, construyeron una pequeña flota y en ella embarcaron a los más debilitados y “la carga pesada que la constituían principalmente 225.000 cruzados en oro, **alem** de un copioso número de ricas esmeraldas”. Pizarro confió la dirección de esta pequeña flota a Francisco de Orellana, quien según el mismo cronista Berredo, se dejó llevar tanto de sus malos instintos como de la corriente del río, y huyó dejando en lo más profundo de la selva a su Capitán. Por la publicación hecha en 1894 de la Relación de fray Gaspar de Carvajal, quien acompañó a Orellana, ha sido rehabilitado la memoria de éste del baldón de traidor con que se le quiso manchar.

Fray Gaspar dice que Orellana no trajo ningún dinero, y antes al contrario, dejó su propio peculio en manos de Pizarro, y que el convenio era que pasados cinco días si Orellana no regresaba debía despreocuparse completamente de él. Dice fray Gaspar que bajaron 200 leguas sin encontrar auxilio de ninguna especie y por torrentes y pasos muy difíciles, y que reunidos allí determinaron de común acuerdo seguir su viaje río abajo, pues consideraron imposible regresar al punto en donde Pizarro había quedado. Además, no es explicable que habiendo regresado Pizarro a Quito en junio de 1542, acompañado solamente de 80 hombres, después de realizar una marcha, émula de la “Odisea”, no hubiera presentado su queja contra Orellana, el que en lugar de ser castigado fue distinguido por el Emperador Carlos V, nombrándolo Adelantado de las nuevas tierras descubiertas.

Orellana bajó al Amazonas y descendió por todo este río, sosteniendo terribles luchas contra los habitantes de las riberas, luchas en las cuales tomaban parte hasta las mujeres aborígenes, dando base a la leyenda de las amazonas. La posteridad, influenciada posiblemente en contra de Orellana y fundándose en la leyenda de las amazonas, inventada por él mismo, olvidó la hazaña del descubridor, cuyo nombre había sido puesto por los españoles al gran río, y le dio más importancia a la fábula, olvidando el nombre de Orellana y consagrando en su lugar el nombre de **Río de las Amazonas**.

Otra expedición muy importante fue la de Pedro de Ursúa, que tuvo trágico fin. Ursúa tomó parte en varias conquistas, especialmente en la de la Nueva Granada. Fundó la ciudad de Tudela en la región de los Carares y la de Pamplona en la de los Chitareros. La primera fue posteriormente arrasada por los indios. Luego pasó al Perú, en donde don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, lo encargó de la conquista y colonización del gran río con el título de Conquistador de las Amazonas. Salió del Cuzco en el año de 1559 con una numerosa expedición, de la cual formaban parte Fernando Guzmán y Lope de Aguirre, este último, según Berredo, “de figura tan vil, como vil fue su nacimiento”.

Del Cuzco pasó a los nacimientos de uno de los afluentes de la banda derecha del Amazonas (posiblemente el Yutahí o Yuruá), y bajó por él hasta llegar al Amazonas, recorriendo la primera parte del viaje que era la más temida, en tan buenas condiciones que el corazón de Ursúa se llenó de ilusiones por el éxito de la expedición, ilusiones que duraron muy poco, pues Fernando Guzmán, azuzado por los celos de una mujer que acompañaba a Ursúa y por las malas pasiones de Lope de Aguirre, dio muerte a Ursúa. Aguirre proclamó rey a Guzmán, pero sólo por darse el lujo de ser regicida, y tomó el comando de la expedición, convirtiéndose en el más vil y sanguinario de los tiranos. Bajó el Ama zonas, salió al mar, y con los restos de la expedición se apoderó de la isla de Margarita, y después de realizar un sinnúmero de barbaridades, todas de la misma especie, llegó al extremo de hacer matar a su propia hija y después fue muerto por las autoridades, de las cuales quiso impetrar perdón, al verse abandonado por sus parciales.

CAPITULO IV

Unión de las monarquías española y portuguesa (1580).—Colonización del Amazonas.—Fundación de Belén del Pará.—Capitanía del Cabo Norte.—Expedición de Fray Brieva y Fray Toledo.—Expedición de Texeira (1637).—Discutida fundación de la Franciscana.

Mientras estas iniciaciones de colonización se llevaban a cabo en América, la evolución dinástica de las dos monarquías llegó al punto de poner en la cabeza del gran Monarca español Felipe II las dos coronas. Como este es un asunto de trascendencia para la materia que estamos tratando, creemos de importancia relatar cuál fue el proceso para esta unión.

Don Manuel I de Portugal contrajo matrimonio con doña Isabel, hija y heredera de los Reyes Católicos españoles don Fernando y doña Isabel. Don Manuel I tuvo como hijo al Príncipe Miguel, quien fue declarado por las Cortes de los dos países como heredero de los Reinos de Castilla, Aragón, León, Portugal y Sicilia, evento que fue considerado por los Reyes Católicos como un paso decisivo para su política, que aspiraba a la constitución de la unión ibérica. Pero la Providencia desbarató sus ilusiones, pues la Princesa Isabel murió al nacer Miguel, y éste, aún niño, también murió. Los Reyes Católicos no desmayaron por este primer descalabro, y dos años después, en 1500, consiguieron que Manuel I contrajera nuevas nupcias con doña María, hija tercera de los mismos Reyes. De este segundo matrimonio de don Manuel nacieron el Príncipe don Juan, que vino a ser Juan III de Portugal, y la Princesa Isabel, que fue después esposa de Carlos I de España, de cuyo matrimonio nació Felipe II de España.

Juan II contrajo matrimonio con una hermana de Carlos I de España, de cuyo enlace nació el Príncipe Juan, que contrajo matrimonio con una hija de Carlos I. El Príncipe don Juan murió muy joven sin haber alcanzado a reinar, y 18 días después de su muerte nació el Príncipe don Sebastián, el cual fue proclamado Rey a los tres años por la muerte de Juan III. Durante la minoría de don Sebastián hubo una regencia que debilitó y anarquizó el país. No bien hubo don Sebastián subido al trono cuando emprendió una descabellada expedición contra los turcos, sufriendo una terrible derrota en Alcázar-Kibir el día 4 de agosto de 1578; durante la batalla desapareció y no se volvió a tener noticia alguna de su existencia. Fue proclamado Rey el Cardenal don Enrique, lío de don Sebastián. Dos años después moría el Cardenal don Enrique, y Felipe II, que como ya vimos, tenía derecho a la sucesión de la Corona portuguesa, ocupó el trono, secundado por una hábil política de penetración, y sobre todo apoyado en las fuerzas españolas comandadas por el Duque de Alba, quien dio fin a la resistencia portuguesa en la batalla de Alcántara. El 11 de septiembre de 1580 fue por tanto proclamado Felipe II como Felipe I de Portugal.

Para la colonia no representó mayores cambios esta transformación, pues los españoles consideraron de hecho solucionado el litigio de fronteras, y sin la menor preocupación dejaron que las actividades de los portugueses se extendieran al occidente del meridiano de Tordesillas, de suerte que el Monarca español no tuvo inconveniente en hacer merced de la Capitanía de Cabo Norte al portugués Bénto Maciel Parente, Capitanía que se extendía de la boca del Amazonas hacia el Norte, hasta el río Oyapoc, Esta concesión de la Corona Española fue la base que tuvieron los portugueses para extenderse a ambas orillas del Amazonas, a lo cual no tenían derecho. Los españoles confiaron a los portugueses la defensa de la costa del Brasil y les ordenaron que se extendieran hasta la boca del Amazonas, a donde los portugueses no habían llegado antes. Gerónimo de Álburquerque y Alejandro Motta desalojaron a los franceses de la isla de Marañón, y en 1616 salió de ésta una expedición al mando de Francisco Caldeira Castello Branco, para la boca del Amazonas, en donde estaban establecidos los holandeses, a los que desalojaron de los fuertes de Orange y Nassau, que estaban situados en la banda izquierda del río Xingú. Castello Branco, como base para la colonización que iniciaba, fundó en las cercanías de la boca la ciudad de Nossa Senhora de Belem do Para. Los ingleses también fueron desalojados del fuerte de Torrego, llamado por los portugueses Felipe. Los ingleses en su retirada fueron a refugiarse en el fuerte Camau, de donde también fueron desalojados por Bryon de Abreu y Aires-Chichorro, en 1631.

La localización de la ciudad de Pará no pudo ser más atinada por parte de su fundador. La imaginación de Francisco Caldeira de Castello Branco, al contemplar la inmensidad de aquel mar dulce, debía

solazarse con la representación del futuro desarrollo de su fundación, que vendría a servir de punto de contacto entre una hoya dilatadísima y el Mar Océano. Todo el que examine cuidadosamente la posición geográfica de Pará tiene que llegar al convencimiento de que es inmejorable. Si la comparamos, por ejemplo, con la de Buenos Aires, veremos que esta última sirve una hoya mucho menos extensa y que su distancia a los focos más importantes de la civilización, tales como Nueva York, Londres y París, es mucho mayor. Pará es la puerta comercial de una hoya cuya extensión es aproximadamente de 6.000.000 de kilómetros cuadrados, y su radio comercial se extiende a un millón más de kilómetros hasta las tierras de Bolivia, Perú, y Colombia, que aunque no pertenezcan a su hoya hidrográfica, sin embargo en su viaje hacia el Viejo Mundo pueden ser sus tributarias comerciales. La construcción del canal de Panamá disminuyó considerablemente su radio de atracción, pero le dejó una extensión de 7.000.000 de kilómetros cuadrados, que apenas es un poco menor en su superficie que la de los Estados Unidos de América. A pesar de estas ventajas, su gemela Buenos Aires, pues son casi de la misma edad, la ha superado. El desarrollo comercial de estas dos regiones de Sur América fue simultáneo y con la misma intensidad en el período colonial, y las primeras actividades, aun las agrícolas, tuvieron quizá más desarrollo en el Negro y el Amazonas, pues allí se cultivó primero el café que en el Estado de San Pablo. Si leemos las crónicas de los distintos visitantes de la Amazonia, vemos que siglo por siglo nos van hablando de estas tierras, antes en pleno desarrollo y en la época de cada uno de los visitantes cada vez más estancados, de suerte que casi todos nos dicen que ayer fueron y hoy no son ni sombra de su pasada grandeza.

¡La Amazonia! Tierra hechizada, tierra de prodigio. Parece que todo el que la visita puede solamente observarla a través de un kaleidoscopio que le presenta diseños y figuras de cosas que no existen, llegando hasta formarse ilusiones encantadoras, sin saber si clasificar a las víctimas de este fenómeno entre los daltónicos o entre los visionarios. Y no se crea que esto sucede únicamente a los viajeros y turistas que miran de lejos con sólo ánimo de saciar la curiosidad. Este fenómeno se presenta en hombres de ciencia, en filósofos, en políticos de envergadura. Hay casos que son verdaderos errores como el del Profesor Lidolfo Xavier, reputado literato de Río de Janeiro, quien decía hablando de la tortuga del Amazonas: "Es un **mamífero** utilísimo a la Amazonia, que se cría en cercados a la orilla de los ríos". Irremisiblemente este señor confundió a las tortugas con otra clase de animales. Pero no es el mismo caso el del doctor Goncalves Maya, quien aseguró haber visto un yacamín (nuestro alcaraván) del tamaño de un pavo, o el del conocido hombre de ciencia, Orlando Lima, quien aseguraba haber cogido un tucunaré de un metro, cuando los mayores ejemplares de esta especie apenas llegan a cuarenta centímetros. El poeta Joaquín Gondin, de fina sensibilidad y notable orador, que vivió largo tiempo en Manaus, en una interesante crónica publicada en un periódico de aquella

ciudad, aseguraba haber visto sacar con una endeble caña de pescar una pirahiba, hermoso pez cuyos ejemplares pesan de cuatro arrobas para arriba. El doctor Páez de Andrade, veneranda figura, afirmaba que la "bertholetia excelsa", de Bonpland, o sea el castañero, llegaba a una altura de 120 metros. Y quién no ha leído en **La Vorágine** de nuestro excelso poeta José Eustasio Rivera, la descripción de la tambocha, cuyo avance a través de la selva se oía como el trotar de una horda de bárbaros, sin tener más defensa contra ella que la huida. Y en el año de 1934, una horda de éstas se acercó a nuestro campamento en el río Paurí, y fue suficiente salir a encontrarla con una bomba de flit para que estos bárbaros huyeran despavoridos.

No es menos curioso lo afirmado en un libro escrito por un ex-mandatario de Manaos, libro agotado y que constituye casi una curiosidad bibliográfica, en el cual describe el salto de Tarumá como un peldaño del río Negro, por el cual se precipita la inmensa mole de agua de este río, y que en las calmadas noches del verano su rumor llega a la ciudad como el eco de una lejana tempestad. La cascada de Tarumá es semejante al salto de la Ninfa de nuestro conocido río del Arzobispo, y la forma un pequeño arroyo, afluente del río Negro, arroyo en donde toman deliciosos baños las náyades amazonenses.

Hay casos más curiosos que constituyen verdaderos engaños, pero dado el ambiente de que se halla rodeada la región, son aceptados como verdades incontrovertibles por el público, como lo sucedido en la Comisión de Límites, la que recorriendo el río Isana encontró una sucuruyú (serpiente de agua) de unos cinco metros de larga y unos veinte centímetros de diámetro). Muerta de un tiro, fue sacada a la orilla y retratada allí sobre una gran piedra. Al momento de tomar la fotografía se hallaban detrás de la inmensa culebra tres trabajadores de la misma Comisión, situados a alguna distancia. Naturalmente la cámara fotográfica, que poco se preocupa por la perspectiva, los hizo aparecer inmediatamente detrás, de tal suerte que el deforme animal les cubría hasta el pecho. Las películas impresionadas fueron enviadas para su desarrollo a Manaos, y el fotógrafo que las desarrolló, sorprendido por el descomunal fenómeno, entregó una copia a la prensa, la que fue publicada en numerosos periódicos brasileros, en los cuales, - después de relaciones más o menos interesantes de la cacería del animal, se deducían sus dimensiones por comparación con la altura de los muchachos que aparecían detrás de él, llegando a la conclusión de que tenía metro y medio de diámetro y veinticinco metros de largo. La Comisión de Límites recibió por radio numerosas propuestas de compra de la piel de este animal, llegando las ofertas hasta 200 contos de reis, o sea como \$ 20.000 de nuestra moneda.

Todos estos detalles, analizados con un criterio simplista, han contribuido para formar el ambiente de

misterio de que se ha rodeado a la Amazonia, pero a nuestro modo de ver, esta tierra no es ni infierno ni paraíso, no es tierra misteriosa ni paradójica, es simplemente una tierra como todas las demás del trópico, pero martirizada, primero por la espada de los conquistadores, y a fines del siglo pasado y principios del presente, por el alud de sirigueros (caucheros), que como langosta cayó sobre su riqueza forestal. El doctor Araújo Lima describe con mano maestra este último fenómeno en su obra titulada **Amazonia**, en la siguiente forma:

“Habitada por gente sana, reducida en número y parca en civilización, ábrase a una colonización enfermiza de hombres fisiológicamente miserables e indigentes de cultura. Así instalase en un organismo en desenvolvimiento una decadencia precoz, caracterizada por la anulación de la vitalidad del hombre y por el empobrecimiento de las fuentes de riqueza. . . Fue una tierra que llegó a la decrepitud en plena adolescencia. El ingenio destructivo lesiona en pleno período de juventud, malogrando el desarrollo incipiente de su potencia generadora. Entró en crisis antes de su perfecta formación, decayó antes de alcanzar la madurez, envejeció en plena juventud. Es una tierra precozmente valetudinaria”.

La visión de los estadistas de la segunda República, la tesonera labor de nuevos misioneros que están llevando la semilla de la civilización hasta lo más profundo de la selva, han puesto las piedras fundamentales del nuevo desarrollo de la Amazonia, que ya se siente florecer por todas partes.

Antes de ocuparnos en los sucesos desarrollados en la parte sur de los dominios de las monarquías unidas, vamos a relatar el último incidente que abrió ya a la rapacidad de las tropas portuguesas de rescate las hoyas de los ríos Amazonas y Negro.

El año de 1636, los Padres franciscanos de Quito, animados del espíritu de catequesis, ante las noticias de los innumerables salvajes que vivían en las regiones amazónicas, resolvieron organizar una expedición con el objeto de fundar colonias que sirvieran de bases para la reducción a la fe cristiana de tan innumerable gentío. Esta expedición salió de Quito acompañada de un grupo de soldados comandados por Juan Palacios. Bajaron hasta la confluencia de los ríos Ñapo y Aguarico, y allí, en la provincia de los encabellados, trataron de establecerse. Pero los indígenas les presentaron una feroz resistencia, y la constante lucha fue diezmando los efectivos de la colonia, llegando el caso de que el mismo Juan Palacios fue muerto en una de las guazabaras. El desaliento cundió entre los sobrevivientes y resolvieron retirarse nuevamente a Quito, con excepción de los legos fray Domingo de Brieva y fray Andrés de Toledo y seis soldados de la guarnición, quienes animados de una gran

audacia se embarcaron en una pequeña canoa y confiaron su suerte a la corriente del Amazonas. Realizaron el recorrido más peligroso que imaginarse pueda por en medio de una región habitada por indios antropófagos. Berredo describe esta aventura en los siguientes términos:

“Llegaron a Pará después de una larga navegación durante la cual hubieron de entenderse con innumerables naciones gentiles que se alimentaban de carne humana, consiguieron no solamente que los gentiles no banquetearan con ellos, saciando su voraz gula, sino que lograron que los socorrieran liberalmente con los mantenimientos necesarios para el viaje”. (**Anales del Pará y Marañón**).

Estos oscuros legos, en el servicio de su Dios y de su Rey, realizaron esta portentosa hazaña, muy difícil de igualar, esfuerzo perdido totalmente para la Corona Española, y aprovechando, como se verá más adelante, para la expansión portuguesa.

Los legos fueron recibidos en Belén del Pará con toda clase de honores, y allí se sintieron como en propia tierra. Pasaron a San Luis de Marañón, que era la capital de la Capitanía, pues Belén apenas se acababa de fundar. Gobernaba esta Capitanía Jacobo Raimundo, adueñado del poder a la muerte de Francisco Coelho. Los legos propusieron que ellos servirían de guías a una nueva expedición que hiciera labor más firme en el inmenso río. Raimundo, deseando realizar una buena acción que le sanease su título, encontró maravillosa la idea, y a pesar de hallarse en dificultades por la lucha sostenida en esos momentos por los brasileros contra los holandeses, que habían ocupado, hacía ya varios años, a Pernambuco y otras ciudades del litoral, organizó una expedición que debía recorrer el itinerario de los legos, pero en sentido contrario, y la puso al mando del Capitán Pedro de Texeira. Formaba parte de esta expedición Pedro da Costa Fabella, que según los cronistas fue el hombre que derramó más sangre indígena en las hoyas de los ríos Amazonas y Negro. Cuando se estaban haciendo los preparativos para la expedición, dicen los cronistas que se presentó un incidente al cual se atribuye el nombre de Solimoes, que dan los brasileros al río Amazonas en la parte comprendida entre la boca del río Negro y Tabatinga. Discutía Texeira con el Gobernador las cantidades de víveres, pues el proveedor aseguraba que en ese río se encontraban abundantes mantenimientos. Texeira preguntó a Brieva qué recursos había por allí, a lo cual Brieva contestó: “Nesse rio so-limoes”, lo que quiere decir que allí sólo limones había.

En octubre de 1637 salió Texeira de Cametá acompañado de 70 soldados y 300 indios, efectivo que en la subida fue aumentando hasta llegar a 900. El 3 de julio del siguiente año llegaron al punto en donde iniciaron su viaje de bajada los legos que llevaban de guías. Dejó allí a Pedro da Costa Fabella con el

grueso de las tropas, y él con el resto siguió río arriba. El 15 de agosto encontró en Payamino las anoas de Rodríguez de Aliveira, a quien había mandado adelante con el objeto de que fuera dejando razones consoladoras para las tropas, que ya se hallaban desfallecidas y desanimadas. Allí ya encontró noticias y auxilios de la ciudad de Baeza, a donde habían llegado órdenes de la Audiencia de Quito para que acudieran en su socorro. Ya en mejores condiciones continuó su viaje, llegando a Quito en octubre de 1638, siendo recibido como ilustre compatriota por las autoridades españolas. Fray Domingo de Brieva fue también recibido con grandes muestras de admiración y aprecio, pues todos se imaginaban que hacía mucho hubiera perecido a manos de los salvajes del Amazonas.

Noticiado de la llegada de Texeira el Virrey de Lima don Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, Conde de Chanchón, reunió a las personas principales de la ciudad para informarlas del caso y consultarles sobre lo que se debía resolver, y todos convinieron en que lo más urgente era devolver a Texeira debidamente armado y aprovisionado para Belén con el objeto de que detuviera cualquier intento de los holandeses, en relación con la nueva vía que se acababa de explorar, y ordenar que en la bajada debía Texeira ser acompañado por dos personas de confianza con el objeto de que estudiaran lo más detenidamente esta vía y pudieran informar a España de sus condiciones y características. Fueron nombrados para desempeñar esta penosa y difícil comisión los Padres jesuitas Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieta, el último de los cuales pereció durante el viaje de bajada.

Texeira salió de Quito el 10 de febrero de 1639. En la confluencia del Ñapo con el Aguarico encontró a Pedro da Costa Fabella, quien había quedado allí como anteriormente se dijo, y quien había hecho de las suyas con los encabellados, pues había dado muerte a todos los que habían caído en sus manos y había incendiado las poblaciones existentes hasta donde lo habían dejado llegar. En este punto Texeira fundó la ciudad de La Franciscana, como aparece en el acta publicada por Berredo, el día 16 de agosto de 1639, fundación que hizo siguiendo instrucciones reservadas de Jacome Raymundo Noronha, según lo dice Berredo. Lo que no parece cierto, pues la erección la hace en nombre de Felipe IV, Rey de España y Portugal, pero en ninguna forma como lindero entre las monarquías. Texeira, como leal y caballero, no podía adoptar procederes que se hubieran considerado como villanos, y los representantes del Virrey del Perú hubieran protestado. El acta no aparece firmada por ningún español, y venían bastantes y de valía en el personal que acompañaba a Texeira. El Padre Acuña no habla de tal fundación en sus relatos. Parece más bien que tal acta sea apócrifa y que se haya manufacturado en Belén después de la separación de las dos monarquías, lo que acaeció el año siguiente (1640). Además, Texeira mismo, en su informe sobre la expedición, dice que las últimas fundaciones de los Padres carmelitas se encontraban como 100 leguas abajo de tal punto. Los

portugueses y brasileiros siempre han querido dar trascendencia a este asunto, y en el museo de San Pablo se encuentra un cuadro de autor desconocido, relacionado con esta fundación.

(Sigue en el próximo número)

